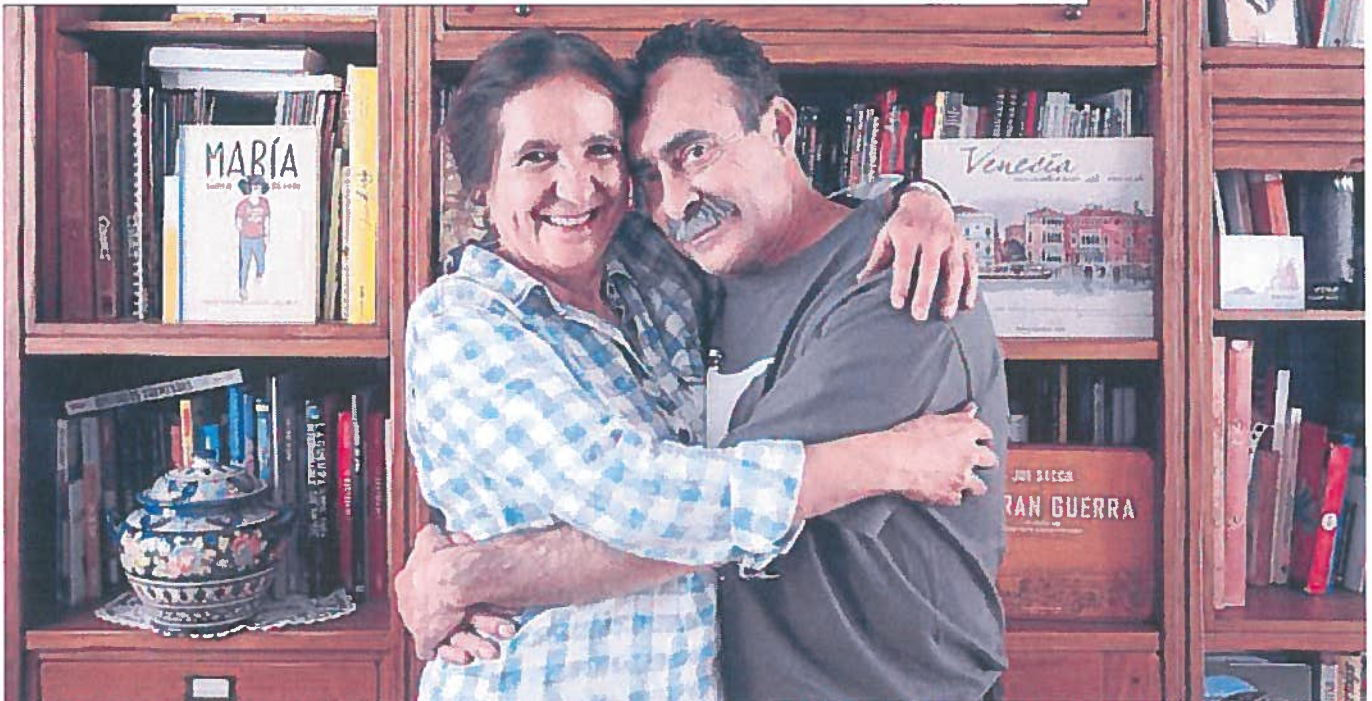




Gizartea



Alazne Ziarsolo, de 59 años, y José Miguel Martín, Txemi, de 57, posan en el salón de su domicilio, en Las Arenas, con la sonrisa de quien estrena "una nueva vida". Foto: Pablo Viñas

TXEMI quiere enmarcar "el primer día" de su "nueva vida" en el salón de su casa, pero a Alazne le da cosa colocar entre sus *souvenirs* una foto de ella, recién extraído un riñón, con su marido, ataviado con una bata de Osakidetza y a punto de ser trasplantado, a la vera de su cama. En esas estaban después de haber sido intervenidos como eslabones de una cadena en la que han participado cinco donantes y otros tantos enfermos renales. Todos tenían algo que ganar en carne propia o en la de un allegado. Todos menos uno, que actuó de forma totalmente desinteresada y activó todo el engranaje.

Hace apenas dos semanas que salió del hospital de Cruces con su riñón de segunda mano, pero tiene tan buen aspecto que nadie diría que le han operado. Mucho menos cuando cuenta que acaba de darse un paseo de 14 kilómetros. "Está todo el mundo muy sorprendido porque nos esperan encontrar en la cama convalecientes. Yo mismo pensaba que iba a estar mucho más fastidiado", reconoce José Miguel Martín, Txemi, un profesor de educación física al que una poliquistosis machacó los riñones a la chita callando.

La vida se les puso patas arriba a estos bilbainos hace 16 meses, casi de un día para otro. Txemi se encontraba débil, fue a hacerse unos análisis y descubrieron que sus riñones estaban agonizando. "Nos llevamos un susto de muerte. Fue entrar en Urgencias y salir ya atado a una máquina", resume Alazne Ziarsolo, su mujer. Los primeros seis meses se hizo la hemodiálisis en el hospital, "cuatro horas enchufado tres

Alazne cedió un riñón a un desconocido para que su pareja, Txemi, recibiera otro a cambio. Ambos acaban de participar en una cadena de cinco trasplantes simultáneos en la que un donante altruista resultó ser clave. "Ha sido un chollo", dicen

Un reportaje de Arantza Rodríguez

Con un par de riñones

veces por semana". Los diez meses siguientes, la peritoneal en casa, "entre veinte y cuarenta minutos tres veces al día". Lo dicho, una atadura. Fuera trabajo. Fuera viajes.

Existía la posibilidad de esperar un riñón de cadáver, pero dice Txemi que, como se ha reducido mucho la mortalidad, "la lista va más lenta" y, además, el órgano *caduca* antes, al de 12 o 15 años, frente a los veintitantos de uno donado en vivo. "Antes había mucho más joven muerto en carretera. Ahora los riñones que se consiguen están más viejitos", explica. No obstante, él no habría hecho ascos a ninguno. Es lo que tiene estar

"muy jobado", que todo es para bien. "¿El riñón de vivo? Genial. ¿El riñón de cadáver? Estupendo. Y si fuera de cerdo o de plástico de estos que hacen en tres dimensiones, también. El caso es que funcione", dice él y a ella le da la risa. Txemi descartó a su propia familia. "No era cuestión de vida o muerte y no me parecía ético quitarle el riñón a un hermano o un sobrino", se explica.

Digerida mal que bien la noticia, un día Alazne oyó en el radio el testimonio de una donante. Fue el empujoncito que le hacía falta para decidirse a cederle un riñón. Por eso abre las puertas de su domicilio, en

Las Arenas, y de su habitación, en el hospital de Cruces. Por ver si su historia surte en otros el mismo efecto. "El enfermo no va a salir peor de lo que está, así que la prioridad del equipo es que el que entra sano salga sano. Eso te tranquiliza mucho. No tenemos hijos, compartimos la vida, lo que a él le pase también me afecta a mí. Me parecía de cajón que, si era posible, había que intentarlo".

Y, tras un carro de pruebas, lo intentaron. Tres veces. El peculiar grupo sanguíneo de ella no puso las cosas fáciles. Las tres se quedaron a punto de entrar en quirófano. Su riñón, pese al esfuerzo invertido, no

era cien por cien compatible. "Teníamos el 70% de posibilidades de que saliera bien, pero en Cruces son tan garantistas que no te sacan un riñón para ponérselo a alguien que lo pueda rechazar. Eso aquí, porque nos dijeron que con ese porcentaje y lo que se había gastado Osakidetza en el tratamiento, en Estados Unidos nos habrían operado sí o sí", afirma Alazne. De hecho, dice, de no contar con un sistema de salud público, no habrían podido asumir el coste de la operación ni de la diálisis. "Estaríamos arruinados. Tendríamos que haber vendido la casa. En el 80% del mundo él estaría muerto o con una calidad de vida deplorable y en Estados Unidos seríamos *homeless* porque no hay seguro que haga frente a eso", señala, y pone en valor el sistema estatal de trasplantes. "Aquí no hay listas de privilegiados. El que tenga mucha pela y un serio problema de riñón va a tener que estar en la habitación conmigo, que soy maestra. Como están las cosas, si hay algo por lo que pelear como locos, es por esto", reivindica.

"ME PARECE UN MILAGRO" Cerrada la posibilidad de la donación entre ambos, se apuntaron a la lista de trasplantes cruzados. Alazne estaba dispuesta a *regalar* su riñón a un desconocido para que Txemi recibiera otro a cambio. Pero la dificultad de su inusual tipo de sangre seguía ahí. "El problema era buscar un receptor para mí. Era como una lotería. Nos dijeron que nos metían por si sonaba la flauta", relata. Y un día apareció un donante altruista como recién llegado de Hamelín.



"Fue el que desató todo, porque metió una variable que hizo moverse toda la lista y, al moverse, apareció un riñón ideal para Txemi. Ese sí que es altruista de verdad porque no tiene receptor. Debe ser el segundo en la historia de los trasplantes en todo el Estado", detalla Alazne para subrayar lo "especial" del caso.

Localizado por fin un paciente compatible con ella, la maquinaria se puso en marcha el pasado 5 de mayo. Cinco donantes, entre ellos Alazne, fueron intervenidos a la misma hora en otros tantos hospitales del Estado. Sus riñones fueron trasplantados ese mismo día con éxito a cinco pacientes. Gracias a la participación del donante altruista, el allegado del quinto receptor pudo iniciar con su donación otra cadena de trasplantes a la semana siguiente. "Me parece una maravilla, una mezcla de ciencia y solidaridad muy particular", confiesa aún emocionada. "El proceso es muy bonito. El que dona se siente genial porque está haciendo un acto humanitario del copón. Y para el que recibe el riñón es una gozada", se sincera Txemi.

Los familiares y amigos admiran la "valentía" de Alazne, pero no tienen tan claro que donarían un órgano a un extraño. "El único comentario que me han hecho varias veces es que una cosa es donarle a Txemi, pero dar el riñón y que sea para cualquiera... Y yo digo: Si le funciona la mitad de bien que a este chiquillo, yo feliz de ofertar esa misma situación a otra persona. Me da igual quién sea. Me parece un milagro".

La víspera de las intervenciones ambos compartieron habitación en Cruces. A Alazne le pusieron suero para que su riñón estuviera bien hidratado, "bonito para trasplantar", adorna Txemi. Los miedos ya los habían espantado en las primeras intenciones y confiaban plenamente en el equipo, que es "fabuloso", así que ella durmió sin problemas. "Esta vez era como: Vaya chollo, vaya regalo que hemos tenido, esto es una suerte. No perdíamos la perspectiva de que al cien por cien no tenía por qué salir, pero en el peor de los casos volvíamos a la casilla de salida, él a la diálisis, y si a mí me habían quitado el riñón y no había servido, podía vivir con el otro", comenta Txemi, hecho un matujo de nervios, pasó toda la noche en vela.

"Si mi riñón le funciona la mitad de bien que a este chiquillo, yo feliz, me da igual quién sea"

"En el peor de los casos volvíamos a la casilla de salida: él a la diálisis y yo podía vivir con un riñón"

ALAZNE ZIARSOLO
Donante de riñón

"No era cuestión de vida o muerte y no me parecía ético quitarle un riñón a un hermano o un sobrino"

"El que dona está genial porque está haciendo un acto humanitario del copón, es muy bonito"

JOSÉ MIGUEL MARTÍN
Trasplantado de riñón

Amaneció y, camino de la mesa de operaciones, a Alazne aquello se le antojó como "un enorme puzzle". "Me parecía impresionante que otras cuatro personas estuvieran haciendo en ese momento lo mismo que yo". Nada más y nada menos que dejarse extraer un riñón por amor al prójimo. Una vez metido en la nevera, dice, el "tinglado que se monta es increíble: trenes de alta velocidad, aviones, un ejército de personas detrás...", describe Alazne. "Tienen que mirar hasta qué tiempo hace no vaya a ser que no pueda salir un avión por viento y no lleguen", cuenta como curiosidad Txemi. El suyo se retrasó con su órgano a bordo. Casi le da algo porque lo ideal es trasplantarlo en las ocho horas siguientes. Pero llegó a tiempo.

"PASAS HASTA POR EL JUEZ" En plena recuperación, ambos animan a donar en vivo porque el proceso, además de ahorrar costes a la sanidad pública, cuenta con todas las garantías. Y no solo médicas. "Hay quien intenta comprar un riñón o



Alazne Ziarsole nada más extraerle el riñón el pasado 5 de mayo en el hospital de Cruces, donde fue ingresada, junto a su marido, José Miguel Martín. En otras cuatro ciudades fueron intervenidos simultáneamente otros cuatro donantes. La pareja muestra las pulseras de Osakidetza con sus datos como si fueran "las de un hotel con todo incluido: el desayuno, la comida, la cena y el chute de la anestesia", bromean. El avión que transportaba el riñón para José Miguel Martín se retrasó, pero finalmente fue trasplantado con éxito a última hora de la tarde.

quien está presionado por la familia para donar. Para evitarlo hay psiquiatras, un comité de ética e incluso tienes que pasar por un juez para decirle que lo haces voluntariamente y sabes a qué te arriesgas", explican. En todo este tiempo también han aprendido mucho. Cosas como que de todos los enfermos renales, solo el 20% son aptos para un trasplante o que el riñón se implanta en la zona inguinal y no en su emplazamiento habitual. Txemi parece haber cursado un máster. Que si el año pasado se hicieron 36 trasplantes de vivo en Cruces, que si el órgano de un cadáver tiene 24 horas de margen para implantarse...

Sobre la mesa de la sala Alazne posa el diploma que Osakidetza le dio por su generoso gesto y que el cirujano le leyó personalmente en la habitación del hospital. "Es una eminencia y que se molestara... A mí casi se me caía la lágrima". Junto al diploma permanece a la espera la revista de viajes que les llevaron cuando estaban ingresados. "Es una de las cosas que se nos había jorobado con esto". Este año toca "vacaciones de jubilado", pero el que viene, quién sabe. "Ahora tenemos el horizonte totalmente abierto", dice Txemi. "Es una nueva oportunidad", apunta ella. Una nueva vida. Esa que Txemi quiere poner en un marco. ●